

RENÉE KNIGHT

# OBSERVADA

Traducción del inglés  
de Carlos Mayor



Título original: *Disclaimer*

Ilustración de la cubierta: © Nenia Lanti

*Copyright* © Renée Knight, 2015

*Copyright de la edición en castellano* © Ediciones Salamandra, 2015

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-10-4

Depósito legal: B-18.403-2015

1ª edición, agosto de 2015

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

*Para Greg, George, Betty  
y mi madre, Jocelyn*



## Primavera de 2013

Catherine se prepara para otra arcada, pero ya no puede salir nada más. Se aferra al frío esmalte y levanta la cabeza para mirarse al espejo. La cara que le devuelve la mirada no es la que tenía cuando se acostó. Es una cara que ya conoce y que no esperaba volver a ver. Se observa bajo esa nueva luz, intensa, y humedece una toalla pequeña con la que se limpia la boca y luego presiona los párpados, como si así pudiera apagar el miedo que reflejan sus ojos.

—¿Te encuentras bien?

La voz de su marido la sobresalta. Tenía la esperanza de que no se despertara. De que la dejase en paz.

—Ya estoy mejor —miente, y apaga la luz.

A continuación, vuelve a mentir:

—Habrà sido la cena que pedimos anoche. —Se vuelve hacia él, una sombra en la luz de esa hora sepulcral. Susurra—: Acuéstate. No es nada.

Él está más dormido que despierto, pero aun así se acerca y le pone una mano en el hombro.

—¿Estás segura?

—Segurísima —contesta.

De lo único de lo que está segura es de que necesita estar sola.

—Robert. De verdad. Enseguida voy.

Él tarda unos instantes en quitarle los dedos del brazo, pero finalmente hace lo que le pide. Antes de volver al dormitorio, Catherine espera hasta cerciorarse de que se ha dormido.

Lo ve en el suelo, abierto boca abajo, donde lo dejó. El libro en el que había confiado. Los primeros capítulos la conquistaron para que se abandonara, para que se sintiese a gusto con la insinuación de las emociones comedidas que tenía por delante, un anzuelo para que siguiera leyendo, pero sin darle pistas de lo que se avecinaba. La sedujo para que continuara, para que se adentrara más y más en sus páginas, hasta que se dio cuenta de que le había tendido una trampa. A partir de entonces, las palabras le rebotaron por el cerebro y se le estrellaron contra el pecho, una tras otra. Era como si una hilera de gente se hubiera tirado a la vía del tren y ella, la conductora impotente, hubiese sido incapaz de evitar la colisión mortal. Demasiado tarde para frenar. No había posibilidad de dar marcha atrás. Sin poder evitarlo, Catherine se había topado consigo misma escondida entre las páginas del libro.

«Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas...» La nota inicial está tachada con una línea roja bien trazada. Al abrir el libro, no se fijó en el aviso. El «parecido» con ella no puede ser casualidad. Catherine es uno de los personajes principales, uno de los protagonistas. Aunque hayan cambiado los nombres, los detalles son inconfundibles, incluida la descripción de lo que llevaba puesto aquella tarde. Un episodio de su vida que ha mantenido oculto. Un secreto que no ha contado a nadie, ni siquiera a su marido y a su hijo, las dos personas que creen conocerla mejor que los demás. Es imposible que alguien se haya inventado lo que acaba de leer. Sin embargo, ahí está, en negro sobre blanco, para que lo vea quien quiera. Creía que aquel asunto se había terminado. Que

estaba enterrado. Pero ha reaparecido. En su dormitorio. En su cabeza.

Trata de apartarlo pensando en lo que hicieron anoche. La satisfacción de ponerse cómodos en su nuevo hogar: el vino y la cena, acurrucarse en el sofá, adormilarse delante del televisor y luego meterse en la cama los dos, Robert y ella. Una felicidad tranquila que le parecía inquebrantable. No obstante, ahora le parece demasiado tranquila para serenarla. No puede dormir, así que se levanta y se va al piso de abajo.

Todavía tienen dos pisos, aunque no es como antes. Ahora viven en un dúplex, no en una casa de verdad. Se mudaron hace tres semanas. Dos dormitorios en lugar de cuatro. Dos dormitorios se ajustan más a las necesidades de Catherine y Robert. Uno para ellos. Otro para los invitados. Y además abajo hay un solo espacio. Sin puertas. Ahora que Nicholas se ha ido, no les hace falta cerrar puertas. Enciende la luz de la cocina, saca un vaso del armario y lo llena. Sin acercarse al grifo. Agua fresca a voluntad gracias a la nevera nueva. Más que una nevera parece un armario. El miedo le cubre las palmas de las manos de sudor. Tiene calor, casi fiebre, y agradece la frescura de los suelos de piedra caliza recién instalados. El agua la alivia un poco. Se la bebe de un trago mientras mira los ventanales que cubren la parte trasera del dúplex, de esa casa nueva y extraña. Fuera está todo negro. No hay nada que ver. Todavía no ha tenido tiempo de poner cortinas. Se siente expuesta. Observada. La ven, pero ella no ve a nadie.

## Dos años antes

La verdad es que me sentí mal por lo que pasó, muy mal. Al fin y al cabo, no era más que un crío: tenía siete años. Y yo estaba, supongo, *in loco parentis*, aunque sabía perfectísimamente que ninguno de los padres me habría querido *in loco* de nada. Por entonces ya estaba en las últimas: Stephen Brigstocke, el profesor más odiado del colegio. Estoy convencido de que los niños lo pensaban, y también los padres, aunque no todos: espero que algunos me recordaran de antes, de cuando había tenido en clase a sus hijos mayores. En fin, el caso es que, cuando Justin me pidió que fuera a su despacho, no me sorprendí. Lo veía venir. Incluso tardó algo más de lo que esperaba; cosas de los colegios privados. Son su propio feudo. Los padres tienen la impresión de que mandan porque pagan, pero se equivocan, claro. Lo mío es un buen ejemplo: ni siquiera me entrevistaron antes de darme el trabajo. Justin y yo habíamos ido juntos a Cambridge; él sabía que yo necesitaba dinero, y yo que él necesitaba un jefe para el Departamento de Lengua. Resulta que los colegios privados pagan mejor que los públicos, que era donde yo había adquirido años de experiencia docente. Pobre Justin, debió de costarle mucho relevarme. Tuvo que resultarle violento, vamos. Porque fue un relevo, no un despido. Se



portó bien y se lo agradezco. No podía permitirme renunciar a la pensión y ya casi me tocaba jubilarme, así que se limitó a acelerar el proceso. En realidad, los dos estábamos cerca de la jubilación, pero la despedida de Justin fue muy distinta de la mía. Por lo visto, a algunos alumnos incluso se les escapó una lagrimita. No ocurrió lo mismo en mi caso. Al fin y al cabo, ¿por qué iban a llorar por mí? Yo no me merecía lágrimas de ese tipo.

Pero no quiero dar lugar a malentendidos: no soy ningún pederasta. No le metí mano al niño. Ni siquiera lo toqué. No, no, yo nunca tocaba a los niños. En realidad, me parecían un verdadero coñazo. ¿Que está feo decir una cosa así de unos críos de siete años? Supongo que sí, siendo maestro. Me harté de leer sus historias soporíferas, aunque estoy seguro de que algunos se esforzaban mucho, pero en el fondo el problema fue ese concepto que tenían de sí mismos, como si a los siete años, por el amor de Dios, tuvieran algo que decir que pudiera interesarme. Y entonces, una tarde, me planté. La catarsis del bolígrafo rojo ya no me funcionaba y, al llegar a la redacción de aquel niño en concreto, no recuerdo cómo se llamaba, le escribí una crítica muy detallada en la que le explicaba por qué no podían importarme menos las vacaciones de su familia en el sur de la India, donde se habían alojado con la gente de una aldea. Pues qué bien, felicidades. Por supuesto, al crío le sentó mal. Y lo siento de verdad. Como no podía ser de otra manera, se lo contó a sus padres. Eso ya no lo siento. Sirvió para precipitar mi salida del colegio, y no cabe duda de que tenía que irme por el bien de los alumnos, pero también por el mío.

Y así me encontré en casa con todo el tiempo del mundo. Un profesor de lengua jubilado de un colegio privado de segunda categoría. Viudo. Me preocupa estar siendo demasiado sincero, que lo dicho hasta ahora pueda resultar un poco desalentador. Podría hacerme parecer cruel. Lo que le hice a aquel niño fue cruel, eso lo reco-

nozco, pero en líneas generales no soy una persona cruel. Desde la muerte de Nancy me he abandonado un poco. Bueno, de acuerdo, mucho.

Cuesta trabajo creer que, en su día, me eligieran profesor del año. No lo votaron los alumnos del colegio privado, sino los del público donde trabajaba antes. Y no fue flor de un día. Pasó varios años seguidos. En una ocasión, creo que en 1982, tanto Nancy como yo conseguimos ese premio, cada uno en su escuela.

Me dediqué a la docencia siguiendo los pasos de mi mujer. Ella, a su vez, había seguido los de nuestro hijo cuando entró en preescolar. Nancy tenía alumnos de cinco y seis años en el colegio de Jonathan, y a mí me tocaron los de catorce y quince del instituto del barrio. Sé que a algunos profesores los chicos de esa edad les resultan complicados, pero a mí me gustaban. La adolescencia no es un camino de rosas, así que mi enfoque era dar un respiro a los chavales. Jamás los obligué a leer un libro si no les apetecía. Al fin y al cabo, las historias son eso, historias. No hace falta leerlas en un libro. Una película, una serie de televisión o una obra de teatro también tienen una narración que seguir, que interpretar, que disfrutar. Entonces sí estaba comprometido. Me esforzaba. Pero eso era entonces. Ahora ya no doy clases. Estoy jubilado. Y soy viudo.

## Primavera de 2013

Catherine tropieza y echa la culpa a los tacones altos, pero sabe que en realidad es porque ha bebido demasiado. Robert alarga el brazo para cogerla del codo, justo a tiempo de impedir que se caiga de espaldas por los escalones de cemento. Con la otra mano hace girar la llave y abre la puerta de un empujón, mientras sigue agarrando a su mujer del brazo para ayudarla a entrar. Catherine se quita los zapatos sin agacharse y trata de dar cierta dignidad a sus andares cuando se dirige a la cocina.

—Estoy muy orgulloso de ti —dice Robert, que se le acerca y la abraza por detrás.

La besa en el punto en que el cuello se curva hacia el hombro. Ella echa la cabeza hacia atrás.

—Gracias —contesta cerrando los ojos.

Pero entonces ese momento de felicidad se desvanece. Es de noche. Han vuelto a casa. Y Catherine no quiere acostarse, aunque está cansada hasta la desesperación. Tiene claro que no pegará ojo. Hace una semana que no duerme bien. Robert no lo sabe. Ante él se comporta como si no pasara nada, consigue ocultárselo. Se hace la dormida, se queda a su lado en la cama, a solas con sus pensamientos. Va a tener que inventarse una excusa para no subir con él de inmediato.

—Ve tú —dice—. Yo no tardo nada. Quiero mirar unos correos.

Sonríe para animarlo, aunque a Robert no le hace demasiada falta que lo convenzan para meterse en la cama. Al día siguiente tiene que madrugar, por eso Catherine aprecia aún más lo mucho que parece haber disfrutado de una noche en la que ella ha sido el centro de atención y él, un acompañante callado y sonriente. Ni una sola vez ha dejado caer que quizá iba siendo hora de retirarse. No, ha dejado que Catherine se luciera y saborease el momento. Por descontado, ella ha hecho lo mismo por él en muchas ocasiones, pero lo importante es que Robert ha desempeñado su papel con elegancia.

—Te subo un vaso de agua —dice, antes de dejarla.

Acaban de volver de la fiesta posterior a la entrega de unos premios de televisión. Televisión de la seria. Nada de culebrones. Nada de series. Hechos. Catherine ha ganado un galardón por un documental sobre los entresijos de la explotación sexual infantil. Sobre niños que tendrían que haber estado protegidos, pero no lo estuvieron porque a nadie le importó demasiado; nadie se molestó en cuidarlos. El jurado ha calificado la cinta de «valiente». A ella también la han llamado «valiente». «No tienen ni idea. No tienen ni idea de cómo soy en realidad. No fue cuestión de valentía, sino de determinación, de firmeza.» Bueno, quizá sí que había sido un poco valiente. El rodaje a escondidas. Aquellos depredadores. Pero ahora no. Ahora que está en casa, no. Incluso con los estores nuevos tiene miedo de que la estén vigilando.

Las noches se han convertido en una serie de distracciones para impedirse pensar en el momento inevitable de encontrarse en la cama, a oscuras, sin poder dormir. Ha conseguido engañar a Robert, o eso cree. Incluso ha bromeado con él a propósito de los sofocos que aparecen cuando se acerca la hora de acostarse, y que ha achacado

a la menopausia. Sí, la menopausia le provoca algunos síntomas, pero no éstos. Aunque quería que Robert se fuera a la cama, en cuanto lo ve subir, Catherine se da cuenta de que le gustaría tenerlo a su lado. Le gustaría ser valiente para contárselo. Le gustaría haber sido valiente para contárselo en su día. Pero no lo fue. Y ahora es demasiado tarde. Han pasado veinte años. Si se lo contara ahora, sería incapaz de entenderlo. Lo cegaría el hecho de que, durante todo ese tiempo, su mujer le ha escondido un secreto. Le ha ocultado algo que él consideraría que tenía derecho a saber. «¡Es nuestro hijo, por el amor de Dios!» le parece oírlo decir.

No hace falta que ningún libro le cuente lo que pasó. No se ha olvidado de nada. Su hijo estuvo a punto de morir. Durante todos estos años ha protegido a Nicholas. Lo ha protegido de la verdad. Le ha permitido vivir feliz en la ignorancia. Él no sabe que estuvo a punto de no llegar a adulto. ¿Y si conservara algún recuerdo de lo sucedido? ¿Serían distintas las cosas? ¿Sería distinto él? ¿Sería distinta la relación entre los dos? Pero no: está convencidísima de que Nicholas no recuerda nada. Al menos, nada que pueda acercarlo a la realidad de lo que pasó. Para él, es sencillamente una tarde que se ha diluido entre muchas otras de su infancia. Tal vez incluso la recuerde como un momento feliz, cree Catherine.

De haber estado allí Robert, las cosas podrían haber sido diferentes. Sí, por supuesto. No habría pasado. Sin embargo, Robert no estaba. Y no se lo contó porque no hacía falta: era imposible que se enterase. Y era mejor así. Es mejor así.

Abre el portátil y busca en Google el nombre del autor. Ya es casi un ritual. Lo ha hecho varias veces, con la esperanza de encontrar algo. Una pista. Pero no hay nada. Sólo un nombre: E. J. Preston. Inventado, claro está. «*Un perfecto desconocido* es el primer libro de E. J. Preston, y seguramente el último.» Ni siquiera queda claro si es

un hombre o una mujer. La editorial se llama Ramnusia, pero al buscar ese nombre confirmó lo que ya sospechaba: que la novela había sido autopublicada. No sabía qué quería decir «Ramnusia». Ahora ya lo sabe. La diosa de la venganza, también llamada Némesis.

Es una pista, ¿verdad? Sobre el sexo de quien lo ha escrito, al menos. Pero es imposible. No puede ser. Y nadie más conocía esos detalles. Nadie que siga con vida. Bueno, había más gente, gente anónima. Pero ese libro lo ha escrito alguien que se siente implicado. Es algo personal. Busca en internet alguna crítica. Nada. A lo mejor sólo lo ha leído ella. Y, aunque lo lea alguien más, nunca descubrirá que la protagonista es ella. Pero alguien lo sabe. Sí, alguien lo sabe.

¿Cómo demonios ha entrado esa novela en su casa? No recuerda haberla comprado. Es como si hubiera aparecido de repente en el montón de libros de la mesilla de noche. Aunque con la mudanza todo ha sido un caos. Cajas y más cajas llenas de libros que aún esperan que alguien las abra. Puede que ella misma lo pusiera allí. Que lo sacara de una caja, que la cubierta la atrajese. O tal vez sea de Robert. Tiene infinidad de libros que ella no ha leído y quizá no reconocería. Libros de hace años. Se lo imagina curioseando por Amazon, le llama la atención el título, la cubierta, y lo compra en el acto. El azar. Una coincidencia morbosa.

Pero la posibilidad de la que cada vez está más vencida, la que empieza a creerse, es que alguien lo puso allí. Alguien entró en su dúplex, en ese espacio en el que aún no se siente en casa. Llegó hasta su dormitorio. El desconocido dejó el libro en la mesilla de noche. Con cuidado. Sin mover nada. En su lado de la cama. Sabía en qué lado duerme. Lo dejó allí para que pareciera que había sido la propia Catherine. Se le amontonan los pensamientos, chocan entre sí hasta convertirse en un caos de ideas retorcidas y afiladas. El vino y la angustia, una com-

binación peligrosa. A estas alturas debería haber aprendido a no mezclar venenos. Se agarra la cabeza dolorida. Últimamente no deja de dolerle. Cierra los ojos y ve el punto blanco y ardiente del sol de la cubierta. ¿Cómo demonios ha entrado esa novela en su casa?

## Dos años antes

Siete años después de la muerte de Nancy aún no me había visto capaz de organizar sus cosas. Su ropa seguía colgada en el armario. Sus zapatos, sus bolsos. Tenía los pies muy pequeños. Un treinta y cinco. Sus papeles, sus cartas, seguían encima del escritorio y en los cajones. Me gustaba encontrármelos. Me gustaba echar un vistazo a cartas dirigidas a ella, aunque fueran de la compañía del gas. Me gustaba ver su nombre y la dirección que compartíamos escritos en algo oficial. Sin embargo, cuando me jubilé, me quedé sin excusa. «Ponte manos a la obra de una vez, Stephen», me habría dicho ella. Y así lo hice.

Empecé con la ropa, la descolgué de las perchas, la saqué de los cajones, la coloqué encima de la cama, lista para el viaje de salida de la casa. Creía que había terminado cuando vi una chaqueta de punto que se había caído de la percha y había quedado escondida en un rincón del armario. Es del color del brezo. Bueno, en realidad de muchos colores. Azul, rosa, morado, gris, pero el conjunto recuerda al brezo. La habíamos comprado en Escocia antes de casarnos. Nancy se la echaba por los hombros como un chal, y las mangas le caían flácidas a los costados. Me la quedé; estoy abrazándola en este momento. Es de cachemir. Las polillas han empezado a comérsela



y tiene en el puño un agujerito por el que puedo meter el meñique. Ella la conservó durante más de cuarenta años. Sobrevivió a Nancy y sospecho que también me sobrevivirá a mí. Si sigo encogiéndome, lo cual es inevitable, puede que pronto me vaya bien.

Se la ponía cuando se levantaba en plena noche para dar el pecho a Jonathan. La recuerdo con el camisón desabrochado, la boquita del bebé en torno al pezón y esta chaqueta de punto por los hombros, para no enfriarse. Si me veía observándola desde la cama, me sonreía, y entonces yo me levantaba y preparaba té para los dos. Siempre intentaba no molestarme, decía que quería dejarme dormir, que no le importaba despertarse. Era feliz. Los dos éramos felices. Eran la alegría y la sorpresa por un hijo llegado en la madurez, cuando prácticamente habíamos perdido la esperanza. No discutíamos sobre quién tenía que levantarse ni quién se quedaba durmiendo. No voy a alardear de haberlo hecho todo a medias. Me habría gustado colaborar más, pero lo cierto es que Jonathan necesitaba sobre todo a Nancy, no a mí.

Antes incluso de aquellos festines nocturnos, la chaqueta de punto era una de sus prendas favoritas. Se la ponía para escribir: por encima de un vestido de verano, de una blusa, del camisón. La miraba desde mi escritorio y la veía sentada ante el suyo, aporreando la máquina con las mangas vacías temblando a ambos lados. Sí, antes de dedicarnos a la enseñanza, tanto Nancy como yo éramos escritores. Ella lo dejó poco después de nacer Jonathan. Decía que se le habían pasado las ganas y, cuando el niño empezó en preescolar, decidió solicitar trabajo en aquel mismo centro. Pero me estoy repitiendo.

Ninguno de los dos tuvimos demasiado éxito con la literatura, aunque tanto a ella como a mí nos habían publicado algún relato. Bueno, pensándolo bien, debería decir que Nancy tuvo más éxito que yo, pero cuando lo dejó fue precisamente ella la que me insistió para que conti-

nuara. Creía en mí. Estaba convencida de que algún día lo conseguiría, de que me abriría camino. Bueno, quizá tenía razón. Siempre ha sido la confianza de Nancy la que me ha animado a seguir adelante. Pero era mejor escritora que yo, desde luego. Siempre lo supe, aunque ella no lo reconociera. Me mantuvo durante años mientras me dedicaba a poner una palabra detrás de otra, un capítulo detrás de otro, y acababa uno o dos libros. Todos rechazados. Hasta que, gracias a Dios, al final comprendió que yo tampoco quería seguir escribiendo. Estaba harto. Aquello no cuadraba. Me costó que me creyera cuando le dije que dejarlo era un alivio. Pero no mentía. Lo era. Resulta que siempre me ha gustado mucho más leer que escribir. Para ser escritor, para ser buen escritor, hace falta valor. Hay que estar preparado para exponerse a los demás. Hay que tener arrojo, y yo siempre he sido un cobarde. La del arrojo era Nancy. En fin, fue entonces cuando empecé a dar clases.

Para deshacerme de las cosas de mi mujer sí que me hizo falta valor. Doblé la ropa y la puse en bolsas de plástico. Los zapatos y los bolsos de mano los metí en cajas que en su día habían contenido botellas de vino. ¿Quién iba a imaginarse, cuando el vino llegó a casa, que un día aquellas cajas saldrían por la puerta con los accesorios de mi difunta esposa dentro? Tardé una semana en empaquetarlo todo, y más aún en sacarlo de casa.

No soportaba la idea de desprenderme de todo de una vez, así que fui escalonando los viajes a una tienda de segunda mano con fines benéficos. Acabé conociendo bastante bien a las dos mujeres que trabajan allí. Les conté que la ropa había pertenecido a mi mujer y, a partir de entonces, siempre que iba, dejaban lo que estuvieran haciendo y me dedicaban un rato. Si me presentaba cuando estaban tomando café, me servían una taza. Encontré un extraño consuelo en aquella tienda llena de ropa de gente que había muerto.

Me preocupaba volver a caer en el letargo en que había estado sumido desde la jubilación una vez que terminara de organizar todas las cosas de Nancy, pero no fue así. Aunque era un momento muy triste, sabía que había hecho algo que ella habría respaldado, de modo que tomé una decisión: a partir de aquel momento haría todo lo que estuviera en mi mano para comportarme de tal forma que, si de repente Nancy entrase por la puerta, sintiera por mí amor, y no vergüenza. Sería mi editora, invisible, objetiva y siempre velando por mis intereses.

Una mañana, no mucho después de aquel período de limpieza, me dirigí a la estación de metro. Me había despertado con un propósito claro: levantarme, ducharme, afeitarme, vestirme y desayunar, y a las nueve ya me encontraba listo para salir. Estaba de buen humor, pensando en el día que iba a pasar en la Biblioteca Británica. Llevaba un tiempo pensando en volver a escribir. Pero nada de ficción; algo más fundamentado, objetivo. Nancy y yo habíamos ido varias veces de vacaciones a la costa este de Inglaterra, en la región de Anglia Oriental, y un verano alquilamos una torre Martello. Me había quedado con ganas de saber más de aquella fortificación defensiva, pero todos los libros que había encontrado sobre aquel tema habían resultado muy áridos, muy anodinos. Nancy también lo había intentado con distintos regalos de cumpleaños, pero sólo había localizado volúmenes aburridos llenos de fechas y estadísticas. De modo que decidí que ése sería mi proyecto literario: daría vida a aquel lugar maravilloso. Aquellos muros habían quedado impregnados del aliento de otros durante cientos de años, y estaba decidido a descubrir quién había vivido allí a lo largo de la historia. Así pues, aquella mañana salí de casa con paso ligero. Y entonces se me apareció un fantasma.

No la vi con claridad. Había gente entre los dos. Una mujer que empujaba un cochecito de bebé. Dos jovenci-

tos que paseaban sin prisa. Fumando. Pero supe que era ella. La habría reconocido en cualquier parte. Andaba deprisa, decidida, y traté de mantener su ritmo, pero era más joven que yo y tenía las piernas más fuertes; el corazón se me aceleró por el esfuerzo y me vi obligado a detenerme un momento. La distancia que nos separaba aumentó y, para cuando pude ponerme en marcha otra vez, había desaparecido por la boca del metro. La seguí y pasé torpemente por el torniquete, con el temor de que subiera a un vagón y se me escapara. Las escaleras eran empinadas, demasiado, y me dio miedo caerme si corría para alcanzarla en el andén. Me agarré a la barandilla y maldije mi debilidad. Aún estaba allí. Me acerqué sonriendo. Creía que me había esperado. Entonces se volvió para mirarme a la cara. Ella no sonreía. Parecía angustiada, tal vez incluso asustada. No era ningún fantasma, claro que no. Era una joven de unos treinta años. Llevaba el abrigo de Nancy, el que había donado a la tienda de segunda mano. Tenía el mismo color de pelo que ella a su edad. O al menos eso me había parecido. Una vez a su lado, me di cuenta de que el pelo de aquella chica no tenía nada que ver con el de mi mujer. Castaño, sí, pero falso, sin brillo, un castaño muerto. Ni rastro de los tonos vivos y cálidos de la melena de Nancy. Estaba claro que mi sonrisa la había inquietado, así que me di la vuelta con la esperanza de que entendiera que no pretendía hacerle daño, que había sido un error. Cuando llegó el metro, lo dejé pasar de largo y esperé el siguiente: no quería que pensara que estaba siguiéndola.

No me recuperé del todo hasta transcurrida la mitad de la mañana. Gracias al silencio de la biblioteca, a la belleza del espacio y a ocupaciones tan reconfortantes como leer, tomar notas y avanzar en el trabajo, regresé al estado en el que había empezado el día. Cuando llegué a casa a media tarde volvía a estar en plenitud de facultades. Para darme un gusto, había comprado uno de esos

platos preparados de Marks and Spencer, una cena sencilla. Descorché una botella de vino, pero sólo me bebí una copa. Últimamente no bebo mucho: prefiero mantener el control de mis pensamientos. Con el exceso de alcohol, salen disparados por donde no deben, como niños de dos años desbocados.

Me apetecía revisar mis apuntes antes de acostarme, así que me acerqué al escritorio con la intención de leerlos, pero los papeles de Nancy seguían esparcidos por encima. Hojeé circulares y facturas viejas, a sabiendas de que no encontraría nada realmente importante. De haberlo habido, ¿no habría aparecido ya? Lo tiré todo a la papelera y luego saqué la máquina de escribir del armario para colocarla en el centro del escritorio, ya despejado, y dejarla lista para empezar a trabajar a la mañana siguiente.

Cuando Nancy escribía tenía su propia mesa, una de roble, pequeña, que ahora está en el piso de Jonathan. Cuando lo dejó, decidimos que lo mejor sería compartir la mía. Ella se quedó los cajones de la derecha y yo los de la izquierda. Guardaba sus manuscritos en el de abajo y, a pesar de que había otros apilados en un estante, en ninguno había depositado tantas esperanzas como en los tres del escritorio. Aunque sabía que estaban allí, me sobresalté al verlos. *Una vista del mar*, *Después del invierno* y *Un amigo muy especial*, todos ellos inéditos. Cogí *Un amigo muy especial* y me lo llevé a la cama.

Debía de hacer cuarenta años que no leía aquellas palabras. Nancy las había escrito el verano anterior al nacimiento de Jonathan. Fue como si mi mujer estuviera allí, en la cama, conmigo. Oía su voz con claridad: Nancy de joven, antes de ser madre. En aquel libro había energía, audacia, y de golpe y porrazo me transportó a una época en la que el futuro nos ilusionaba, cuando lo que aún no había sucedido emocionaba en lugar de asustar.

Aquella noche me dormí feliz, agradecido porque, a pesar de que ya no estaba conmigo, había tenido la suerte de contar con Nancy en mi vida. Nos habíamos abierto el uno al otro. Lo habíamos compartido todo. Creía que ambos sabíamos todo lo que había que saber del otro.